

Tiber, para celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los romanos, y una vez celebrado, volvió á cruzar en el estrecho de Messina.

En cuanto llegó á Sicilia *el Aquila del Epeiro*, como llamaban los griegos á Pyrrhus, todo cambió para los cartagineses: los obligó á abandonar toda la isla, con excepcion de Lilibea, y los mercaderes africanos violando sus compromisos con Roma ofrecieron al rey la paz. Éste la rechazó, y comprendiendo que mientras los cartagineses se mantuvieran en Lilibea inmediatamente que se retirase de la Sicilia, volverían las cosas al estado que ántes tenían, se propuso construirse una flota. Pero entre tanto su política excesivamente dura y tiránica por un lado, y la relajacion de todo espíritu de orden y disciplina entre los sículos minaron su poder en la isla; un ejército africano favorecido por los griegos volvió á ella, Pyrrhus lo venció, pero conociendo por un lado la hostilidad de sus nuevos súbditos, y deseando por otro presentarse en Italia con la gloria de aquel triunfo, cometió la falta imperdonable de no proseguir las consecuencias de su victoria, arrancando á Lilibea á los cartagineses y se hizo á la vela para Tarento.

En el camino las escuadras de Cartago le inflijieron un serio descalabro. Al conocerlo los sicilianos se negaron á obedecer á los representantes de Pyrrhus, y los cartagineses recobraron en un momento toda su preponderancia. El imperio sículo-epirota había caído por tierra y con él todos los sueños de ambicion de Pyrrhus. Sus hazañas desde entonces ya no tienen más objeto que hacer la guerra al azar. En su marcha á la Italia intentó sin éxito apoderarse de Rhegium, luego tomó por asalto á Lokres que le había hecho traicion, la anegó en sangre y robó el tesoro del templo de Persefóné; por fin llegó á Tarento. De ahí salió en auxilio de los samnitas y presentó batalla á los romanos en los cam-

pos arusinos cerca de Benevento. Fué completamente vencido, gracias al desórden que introdujeron en sus filas sus propios elefantes, espantados por los romanos. En vano pidió auxilio á la Grecia, todos le desoyeron; dejando entónces una guarnicion en Tarento volvió al Epeiro, abandonando para siempre la Italia. Aun obtuvo algunos triunfos en su país, aunque fracasó en su tentativa de apoderarse del trono de Macedonia ocupado por el hábil hijo de Políorketes, Antigonos Gonatas; por último pereció miserablemente en una refriega en las calles de Argos (272).

Ese mismo año el lugar teniente de Pyrrhus que ocupaba la ciudadela de Tarento, al ver penetrar en el puerto las naves cartaginesas, prefirió entregar la fortaleza á los romanos, retirándose con los honores de la guerra. Los samnitas, los lucanios y las tribus heterogeneas de ladrones y de vencidos de todas las campañas de la Italia, que con el nombre de brucios ocupaban la parte meridional de la Calabria, rica en bosques (*Brutium*) se sometieron á los romanos, aunque los samnitas resistieron todavía algunos años. Rhegium tambien fué tomada y castigados con la espada y el látigo los rebeldes campanios que ahí se habían refugiado. En resumen la Italia propia estaba dominada.

*Organizacion de la conquista.* Inmediatamente despues de la partida de Pyrrhus, Roma se ocupó de asegurar su nueva dominacion. Envió colonias á Luceria, al Samnium, otras al Picentino cerca de la costa para contener á los galos, y la gran vía del S. fué prolongada hasta el puerto de Bríndisi, destinado por la política romana á rivalizar con Tarento. Pero el instrumento poderoso de la vasta *sinmaquia* que Roma quería organizar en la Italia, fué el derecho. Varias ciudades fueron admitidas al derecho pleno de la ciudad, gozaban de todas las prerogativas del derecho civil, y en Roma podían ejercer el de sufragio; mediante una ficcion que había

de crecer sin cesar, la ciudad se agrandaba legalmente por la superficie de la Italia. Además de este derecho supremo, había otras categorías en que quedaban clasificadas casi todas las ciudades de la Italia central y meridional: la ciudadanía plena de que disfrutaban la mayor parte de las antiguas ciudades latinas, sabinas y vols-cas, y las colonias marítimas y de ciudadanos; despues venían las ciudades de derecho latino, que tenían una participacion menor en los derechos de la ciudad romana. Su nombre de latinas no quiere decir que estas poblaciones se hallasen en el Lacio cuyas ciudades, segun hemos visto, gozaban ya de otros derechos, sino que, latino en su origen, este fuero se había distribuido en toda la Italia. El derecho latino no daba facultades para tomar parte en el gobierno político de Roma, pero asimilaba en algunas cosas á las ciudades latinas con Roma en el terreno civil. El derecho latino era un escalon por donde subían al derecho pleno de ciudad los ciudadanos notables de dichas poblaciones. Luego venían las ciudades que carecían del derecho de sufragio, y cuyos jueces eran romanos. El tipo de estas ciudades era Cœre. A continuacion pueden colocarse las ciudades confederadas no latinas, algunas de las cuales gozaban de extensos derechos (v. Mommsen).

Roma dejó á las ciudades cierta autonomía, sobre todo á los municipios; pero disolvió las ligas entre ellas, y les prohibió todo contacto trascendental como el comercio y el matrimonio entre habitantes de dos de ellas; al mismo tiempo se apodera imponiéndoles la obligacion de darle contingentes, de toda su fuerza armada; favorece la formacion en cada ciudad de un gobierno interior calcado sobre el de la ciudad reina, da la mano á las aristocracias, nombra magistrados especiales que vigilarán á las ciudades sometidas, y de este modo realiza la unidad administrativa y política de la Italia. Ésta, con ré-

gimen tan hábil y tan fuerte comenzó á latinizarse; el idioma del lacio se generaliza y con él avanza la grande obra de la fusion itálica en derredor de Roma.

Al mismo tiempo en el interior de la gran ciudad la vigilancia sobre las costumbres llega á tomar extraordinario incremento, y la *censura* fué el gran magisterio republicano; las leyes se suavizan; los derechos absolutos del padre y del acreedor tienden á desaparecer; la moneda de plata se introduce y hace más fáciles las transacciones; los dioses griegos empiezan á confundirse con los romanos; la riqueza agrícola, nervio de la República, se aumenta y se perfecciona; el gran cultivo aparece sin absorber completamente todavía á la pequeña propiedad ni matar aún el trabajo libre; empieza á invertirse el dinero de la conquista en grandes construcciones, y estremeciéndose bajo el soplo del helenismo que trasformaba á la Italia entera, Roma se transformó tambien, pero acomodándose la civilizacion griega y haciéndola de eminentemente individualista que era, profundamente socialista, porque en Roma el estado ahogaba al individuo.

En fin, en esta época de renacimiento, el arte adquiere grandes proporciones, y aunque los juglares y los poetas son tenidos por viles, su influencia va creciendo; la historia contemporánea empieza á registrarse, la historia primitiva empieza á rehacerse bajo la direccion de los griegos, las leyendas adquieren forma y se agrupan sistemáticamente; en una palabra, la gran ciudad italiana toma un papel en el mundo. Así preparaba su papel soberano en la marcha de la humanidad.

*Las guerras púnicas*, (264-201 ántes de J. C.) Las guerras púnicas son el gran intermedio entre la conquista de Italia y la conquista del mundo. La historia de Roma deja ver en este período la fatalidad augusta que penetraba sus destinos y que da á su estructura la sublime sencillez de una tragedia antigua. Su posición en el Lacio, le per-

mitió ser independiente, pero la obligó á luchar sin tregua por esta independencia; no sucumbió, y como consecuencia de esto empezó á preponderar; esta preponderancia no podía subsistir si no se transformaba en dominio. El dominio del Lacio rodeado de pueblos belicosos y fuertes, debía conducirla como condicion absoluta de duracion á una de esas fases tremendas de la lucha por la vida, en que el nacido debe morir. Roma triunfó, y al dia siguiente de la victoria, se encontró con una obra precaria, mientras no quedase cerrada la Italia á las huestes extranjeras. De aquí la lucha con Pyrrhus y la sumision de las colonias griegas.

La Italia es, geográficamente, la reina del Mediterráneo por su posicion central, y sus estensos litorales. ¿Cómo podía Roma cubrir sus conquistas, si no podía defender sus litorales? Sintió que necesitaba convertirse en una potencia marítima, y como la consecuencia de esto era forzosamente el señorío de la cuenca occidental del Mediterráneo, tuvo que disputar ese señorío á Cartago. Esta fué la causa del choque inmenso conocido con el nombre de *las guerras púnicas*.

La 1.ª guerra púnica (264-241). Ya hemos visto en el curso de este compendio cómo se fundó sobre las ruinas de Kambé, el emporio tirio de Kiriath-Hadshat, llamado Karkedon por los griegos y Cartago por los romanos. Sabemos que la colonia no solo se vió libre de toda sujecion á la metrópoli, sin lucha ni sacudimiento, sino que heredó en la cuenca occidental del Mediterráneo el protectorado ó el dominio sobre todas las colonias fenicias de aquellos litorales. Ocupó así las costas septentrionales del Africa al Occidente de Cartago hasta el estrecho de Gades, que uno de sus grandes marinos, Hannon, atravesó penetrando en el mar que *respiraba* (flujo y reflujo), y costeano el litoral O de aquel silencioso continente africano, avanzó hasta donde pudo. En el extremo

de su viaje, en una isla situada cerca del *Cuerno del Sur*, encontró unos hombres altos, velludos y mudos; tuvo que matarlos, y sus cuerpos rellenos de paja fueron llevados á Cartago, eran *gorillas*. Los cartagineses ocuparon tambien las costas españolas sin penetrar en el interior, fundaron factorías en las Galias, en el Atlántico, en la Cerdeña, la Córcega y la Sicilia, en donde los hemos visto luchar hasta la víspera de la primera guerra púnica. Al principio Cartago se había contentado con su papel puramente mercantil, luego para no estar á merced de los pueblos libio y númeridas que la rodeaban, necesitó pagar mercenarios que conquistaran sobre ellos una gran zona territorial, que le dió una vez cultivada una espléndida riqueza agrícola. Así se constituyó en el N. del Africa un verdadero imperio libio-fenicio. Aristóteles, que murió unos cincuenta años antes de la primera guerra púnica, admiraba la Constitucion de Cartago por la paz que le había proporcionado. Realmente era aquella aristocracia por todo extremo fuerte y recelosa, y ni permitía la preponderancia de una sola familia, ni dejaba salir al pueblo de un estado servil. Por eso siempre que una gran familia aristocrática tendía á absorber el poder, se apoyaba en las clases populares como sucedió con la de los Barca. Pero esta desconfianza y estrechez de miras propia de todas las aristocracias, había de ser la causa de la pérdida de la República. Tenía ademas vicios profundos, que son el séquito ordinario de la excesiva opulencia y que corrompían y relajaban todos los resortes de la vida social. Si á esto se agrega el carácter especial que daba á aquella inmensa factoría de mercaderes africanos, el predominio absoluto de los cultos orgiásticos y sanguinarios que eran una herencia de los cananeos, se comprenderá por qué ha conservado Cartago en la historia, á pesar de su riqueza y de su heroicidad final, no sé que imborrable sello siniestro y repugnante á la vez. (*Car-*

*thage and the Cartaginians by R. Bosworth Smith, Londres. 1878).*

Pyrrhus decía al retirarse de Sicilia: qué hermoso campo de batalla dejamos á los cartagineses y á los romanos! No se engañaba el epirota. Desde que Roma comprendió la necesidad en que se hallaba de ser una potencia marítima, y Cartago se vió obligada á impedirlo, era natural que lo primero que se disputasen fuera la posesion de la Sicilia, gran cuartel general del imperio marítimo de los púnicos, clave del Mediterráneo y del dominio sobre las costas de la Italia meridional.

El combate, sin embargo iba á ser desigual; Cartago en su inmensa marina mercante tenía un semillero inagotable para tripular sus escuadras; Roma tenía poca marina mercante y de guerra. Los aliados le proporcionaron un débil núcleo, en el rededor del cual debía improvisarse todo.

Cuando Pyrrhus abandonó la Sicilia, los cartagineses recobraron Agrigente y la mayor parte de la Italia; los Siracusanos sólo conservaron á Tanromenium. Una banda de aventureros originarios de la Campania y que llevaban el nombre significativo de *hijos de Marte ó de Mamers* (Mamertinos) se habían apoderado de Messina, en 284 antes de J. C., y desde allí dominaban una parte del N. de la isla; aliados con los cartagineses contra Pyrrhus, quedaron, una vez partido el epirota, en frente de Hieron, jóven oficial siracusano emparentado con el rey de Epeiro y descendiente de Gelon, que se apoderó con el beneplácito de sus conciudadanos del trono de Siracusa. Sitiados los mamertinos por Hieron y cercanos al último término de su resistencia, no les quedaba otro recurso que entregarse á los romanos ó á los cartagineses; se decidieron por los primeros y ésta fué la causa determinante de la primera guerra púnica. Roma aceptó la proteccion de aquella turba de foragidos, (265 antes de J. C.) y como sabía que su verdadera enemiga en Sicilia era Cartago, se

decidió á tirarle el guante, resucitando un supuesto agravio hecho á los romanos por los fenicios en Tarento, seis años antes. Los cartagineses obrando con prudencia, ganaron tiempo, negociaron la paz entre los mamertinos y Hieron, llenaron de navés el puerto de Messina, y cuando los romanos se presentaron para auxiliar á los mamertinos á su pesar, Hannon, el almirante cartaginés, los venció, pero les devolvió los buques capturados; logran por fin desembarcar los romanos, y Hannon llevando la prudencia á un extremo indecoroso les abandona la ciudadela de Messina. Un grito de indignacion se levantó en Cartago, Hannon fué crucificado y la guerra comenzó. Los cartagineses y los siracusanos intentaron inútilmente apoderarse de Messina, el grueso del ejército consular pudo pasar á Sicilia y les hizo levantar el sitio; en los dos años siguientes, los romanos obtuvieron algunos triunfos y una cosa más importante: Hieron desertando las filas de los cartagineses se alió con los romanos y les fué siempre fiel. Esto permitió á los romanos apoderarse de Agrigente despues de reñidos combates, y reducir á Hamilkar á las plazas marítimas, en donde se defendió con indomable energía.

Pero los cartagineses dominaban el mar y podían desembarcar en Italia, cuyas costas ya recorrían bandas de mercenarios por cuenta de la república africana. Los romanos tenían una marina muy corta, los aliados italianos les ayudaron con algunas galeras, lo que no era suficiente; hubo necesidad de construir una armada poderosa. Los romanos que disponían de todas las costas italianas realizaron en poco tiempo este prodigio, que no lo es tanto si se considera qué clase de buques se construían entónces. Improvisada la flota y puesta á las órdenes del cónsul Duilius batió completamente al almirante cartaginés en Mila, gracias á un sistema de garfios y de puentes que girando en torno de uno de los mástiles podían bajarse por

cualquier lado y hacían más fácil el abordaje y la lucha cuerpo á cuerpo en que recobraban los romanos todas sus ventajas. Pero los cartagineses conservaban sus plazas marítimas en la isla, sobre todo, Panormo, (Palermo), y Drepanum, (Trepáni), confiadas á Hamilkar y la lucha continuó con éxito vario.

Durante toda ella entre los cartagineses, sicilianos é italiotas, dominó la convicción de que mientras no se hirieran en el corazón los rivales, la contienda no tendría término; de esta convicción nacieron las expediciones de Agatokles, de Regulus, de Scipion en Africa y la de Hannibal en Italia. Los romanos en la época que vamos historiando, cansados ya de una guerra que amenazaba no tocar nunca á su término, decidieron equipar una inmensa flota que llegó á contener, según los historiadores, más de 100,000 tripulantes y 40,000 soldados de desembarco, y poniéndola á las órdenes de los dos cónsules, uno de los cuales era Atilius Regulus quien la dirigió hacia el Africa en la primavera del año de 256. Los cartagineses presentaron batalla cerca de Ecnomo. Los romanos obtuvieron una gran victoria, desembarcaron en la bahía hoy llamada de Akkil, organizaron su campamento naval y continuaron obteniendo ventajas sobre los cartagineses, cuyas ciudades se entregaban sin lucha, mientras que los númidas rebelados inundaban los campos. Tal confianza inspiró á los romanos la marcha de las cosas en Africa, que retiraron el grueso del ejército, dejando sólo á Regulus con 15,000 hombres, con los cuales estableció casi en las orillas de Cartago, en Tunis, sus cuarteles de invierno. Los cartagineses pidieron la paz; pero Regulus les impuso condiciones tan duras, que prefirieron continuar la lucha, aun cuando debieran sucumbir. Entre tanto Hamilkar había conducido á sus bizarros mercenarios de Sicilia á Cartago, y una multitud de aventureros griegos acudían al llamado de Xantippo, oficial espartano

encargado de organizar el ejército púnico. En la primavera del año 255 se abrió de nuevo la campaña. Regulus sin esperar refuerzos opuso un puñado de legionarios á las masas enemigas, y á pesar de una lucha heroica tuvo que sucumbir. Hecho prisionero murió en Cartago poco despues. Su esposa y sus hijos tomaron en Roma una venganza terrible sobre algunos prisioneros cartagineses. (1)

Los romanos volaron al socorro de los restos del ejército de Regulus y obtuvieron una victoria naval, pero decidieron desatentadamente evacuar el Africa. Los cartagineses se vengaron en las tribus aliadas de Roma, matando á sus *cheikes* é imponiéndoles tributos onerosísimos. Detestable política que había de producir algun día tristes frutos para Cartago. La guerra, como era natural, volvió á la Sicilia. Los romanos con una nueva flota de 700 naves hecha en tres meses, se apoderaron de la importante estacion de Panormo y dominaron casi todo el litoral N. de la Isla, pero una tentativa infeliz de los cónsules en las costas africanas y su ignorancia en achaques marítimos, casi redujeron á la nada la escuadra. A pesar de esto los romanos siguieron venciendo en la isla; destruyeron los elefantes que eran la fuerza principal de los cartagineses, los desalojaron de varias ciudades y en el año de 249 sólo les quedaban las plazas de Drepanum y Lilibea. Desoídas las proposiciones de paz de los cartagineses, esta última ciudad fué sitiada y bloqueada con todas las reglas del arte militar, lo que no impidió á la escuadra púnica apostada en Drepanum, mantener constantes comunicaciones con los sitiados. Por desgracia un cónsul nuevo, Publius Claudius, quiso sorprender á la escuadra cartaginesa y fué completamente vencido, (única gran victoria naval de Cartago). Hubo que levantar, en consecuencia, el blo-

(1) El viaje de Regulus á Roma tiene todos los visos de un cuento.

queo de Lilibea, y la guerra más que nunca alejada de su término, en medio del cansancio y del agotamiento de Cartago, de Roma y de sus aliados, entró en un período monótono y oscuro.

Por entonces apareció un jóven general de la familia de los Barak ó Barka, Hamilkar, que se propuso formar una buena infantería para Cartago, sin que costara nada á los avaros y envidiosos mercaderes que gobernaban á su patria. Se apoderó de una posición importante, y desde allí recorría los campos de la isla, aguerria á sus compañeros y mantenía en constante inquietud á los romanos, mientras los corsarios cartagineses subían hasta Cumas. Los mercenarios de Hamilkar no tenían más patria que su general á quien adoraban y que los preparaba á grandes acciones.

Los romanos despertaron de su inacción; los patricios ricos, construyeron á su costa una gran escuadra que bloqueó de nuevo á Drepanum y á Lilibea. Los cartagineses desprevenidos, empezaron también á formar una escuadra. Ambas se encontraron frente á la Isla de Egusa y la cartaginesa sucumbió. Entonces Hamilkar que comprendía que iba á ser insostenible su situación en la isla, ajustó con el cónsul Catulo los preliminares de paz, sancionados, no sin vivas repugnancias, por el pueblo romano. Además de las cláusulas de mútuo respeto, de la obligación de no celebrar tratados cada una de ambas ciudades con los aliados de la otra, y de dejar salir á Hamilkar con los honores de la guerra, los cartagineses evacuaron la isla, que de hecho quedó bajo el dominio de Roma. Ésta al concluir la primera guerra púnica (241) había dado un paso gigantesco. Era dueña de Sicilia y estaba convertida en potencia marítima. Podía, pues, velar por la posesión de Italia; pero mientras Cartago pudiese hacer surcar el Mediterráneo con sus escuadras, la lucha no estaba más que aplazada. Entre Roma y Cartago

no se había firmado una paz, sino una tregua.

*Del año 240 al 218 antes de J. C.*—Inesperados sucesos vinieron á consolidar la preponderancia de Roma en el mediterráneo occidental. La última guerra había agotado el tesoro púnico y los mercaderes cartagineses con la imprevisión característica de las oligarquías cuya base de dominación es la fortuna material, se negaron á auxiliar al erario público para pagar á los mercenarios empleados en la última guerra y que á pesar de las precauciones de Hamilkar se habían aglomerado en los alrededores de la ciudad. Sintiendo fuerte aquella turba heterogénea en que se hablaban todos los idiomas del mundo antiguo, se rebeló y estuvo á punto de apoderarse de Cartago. La insurrección cundió por toda la comarca y la república aterrorizada acabó por poner al frente de su ejército á Hamilkar cuya fama inspiraba una invencible desconfianza á aquella aristocracia de mercaderes. Tales atrocidades se cometieron durante aquella guerra, [v. Polibio], que se le llamó *la guerra inexpiable*; por fin Hamilkar venció y destruyó completamente á los rebeldes; (238), Cartago estaba salvada (1).

Durante los cuatro años largos que ésta lucha había durado, los romanos que fingieron portarse amigablemente con Cartago en Africa, se apoderaron de la Cerdeña y se establecieron ahí, como ya lo habían hecho en Córcega que pertenecía á los etruscos. Sus colonias en estas dos islas, nunca pasaron de las costas; las poblaciones del interior, eran realmente almásigos de esclavos para los romanos, que frecuentemente se entregaban á verdaderas cacerías de hombres en aquellas tierras, sirviéndose para atrapar á los indígenas de perros de presa, adiestrados con ese objeto. Cuando Cartago se vió libre de

[1] Un gran novelista francés contemporáneo ha hecho revivir con incomparable fuerza los principales episodios de la guerra de los mercenarios.—G. Flaubert.—Salammbó.